



Banca Desnuda

Entre la materia y el oficio

¿Un mueble tiene valor por su ejecución o por el material que lo compone?

¿El material es solo eso —materia— o es la esencia misma del objeto?

El árbol, o mejor dicho, la madera, ¿no es ya un mueble en potencia? Tal vez el mueble nace cuando aparece un intermediario: las manos expertas del saber hacer que transforman la materia en forma, el gesto humano que revela lo que la madera puede llegar a ser.

por Carlos González Salazar



En Chile, vivir de la carpintería es una rareza: el oficio, más que escaso, roza la extinción. La mayoría de quienes lo practican hoy son autodidactas, personas provenientes de otras profesiones que, movidas por la curiosidad o la necesidad, se formaron a sí mismas frente a la madera. La cadena de transmisión —esa que alguna vez sostuvo al oficio— prácticamente se quebró, en parte porque muchos maestros no vieron en su labor un futuro posible para sus hijos y apostaron por el título universitario como vía de salvación. De algún modo, tenían razón. Cuando la cultura de lo desechable se instaló en nuestras vidas, también se desechó el valor del trabajo artesanal.

Esa desconexión explica, en parte, por qué la gente no siempre comprende nuestro trabajo: no conoce sus procesos ni alcanza a distinguir un mueble de retail de uno hecho por un ebanista. Pero la responsabilidad no es solo del público: también es nuestra, como carpinteros, la tarea de comunicar lo que hacemos y por qué lo hacemos, mostrando la diferencia no como gesto elitista, sino como una forma de educación sensorial y cultural.

Fue desde esa reflexión que nació Banca desnuda, una pieza presentada en la feria Tocar madera, concebida como una radiografía del mueble: todas las uniones y encastrados quedaron a la vista, sin disimulo ni ornamento. La estructura es de pino — un material humilde— y el asiento está hecho con acacia reciclada, proveniente de un tronco que encontré años atrás y que guardé pensando que algún día tendría destino.

Mi intención era que el proceso quedara expuesto, que el objeto contara su propia historia y que el público pudiera ver y tocar la lógica interna de su construcción. Y ocurrió algo hermoso: la banca se volvió conversación. La gente se acercaba, preguntaba, se sorprendía al descubrir que un mueble así podía hacerse en estos tiempos. Ese diálogo, esa curiosidad, fue quizá el verdadero propósito de la obra. Porque, en el fondo, Banca desnuda no es solo un mueble: es un manifiesto sobre la visibilidad del oficio, una invitación a reconocer que entre el árbol y el mueble hay un puente —hecho de manos, tiempo y oficio— que merece seguir existiendo.

Manos a la obra

Selección, preparación y orientación de la madera

Antes de realizar el primer corte, dediqué un tiempo importante a observar las tablas. No todas las piezas de madera —aunque sean del mismo tablón— se comportan igual. Algunas mostraban vetas más apretadas, otras una transición sutil entre duramen y albura, y algunas presentaban tensiones internas visibles en la curvatura de las fibras.

Elegí cortes radiales para casi toda la estructura, porque reducen el alabeo y permiten un movimiento más estable cuando la banca “trabaja” con la humedad. Además, al ser piezas estructurales, me interesa que la veta acompañe los esfuerzos longitudinales y no cruce las piezas en un sentido que pueda debilitarlas. El asiento, en cambio, lo dejé con su veta tangencial —una decisión estética y conceptual—. Quería que la superficie del asiento mantuviera esa lectura natural del árbol, casi como un recuerdo de su forma original.

Trazado, fresado de cajas y filosofía de ajuste

Una vez definidas las orientaciones, pasé al proceso de trazado. Dibujo siempre con cuchil-



lo de marcación, no con lápiz: el cuchillo no solo marca; también genera un borde que guía la herramienta y produce transiciones más limpias y precisas.

Las cajas las hice con fresadora, pero nunca confío únicamente en la máquina. La fresadora define el volumen general, pero las paredes finales —las que realmente importan— las ajusto a mano con formón. Eso da el “calce” exacto del que depende todo.

Prefiero hacer primero las cajas y luego ajustar las espigas a ellas. Es una forma de mantener el control: una caja define una geometría fija, mientras que una espiga puede refinarse micrométricamente. Si lo haces al revés, terminas re-trabajando la caja, y eso dispara el margen de error.



Preparación de espigas y encuentro a 45°

Dejar las espigas largas de los travesaños permiten un ajuste más preciso del encuentro interior. Dejo el largo en exceso para darme libertad a la hora de cepillar.

El ajuste a 45° es un ejercicio de paciencia. La geometría interna debe coincidir perfectamente: no puedes permitir que el hombro haga contacto y que el corte en ángulo quede flotando, ni al revés. Cada superficie debe “leer” la otra.

Cuando ambas coinciden sin luz, sabes que el ensamble cumplirá su propósito mecánico y estético.



Ensamble de los laterales: estructura que se sostiene por sí sola

Los laterales se ensamblan primero porque, en cierto sentido, son el esqueleto del mueble. Una vez que ambos laterales están terminados, ya tienes la banca en potencia.

El travesaño inferior, con su espiga pasante, agrega

un momento visual que me interesa mucho: la presencia de la espiga es

un recordatorio de que la estructura está construida honestamente, sin esconder la forma en que se sostiene. El bisel lo hago antes del encolado, porque permite controlar perfectamente la simetría. Además, trabajar la madera sin restricciones siempre es más seguro que hacerlo con piezas grandes ya ensambladas.

Las cajas pasantes requieren especial cuidado. Si quedan sueltas, la espiga aparecerá con un borde irregular; si quedan apretadas en exceso, corres el riesgo de quebrar la pata. Es una danza fina entre tolerancia y presión.



Nota técnica:

Las espigas pasantes deben quedar muy ajustadas, tanto por resistencia como por estética. La diferencia entre una espiga pasante bien lograda y una deficiente es evidente. Si no se tiene práctica, es recomendable no arriesgarse en proyectos para clientes. Pero si el resultado es bueno, eleva la calidad de la pieza a otro nivel.



Base del asiento: donde el trabajo manual manda

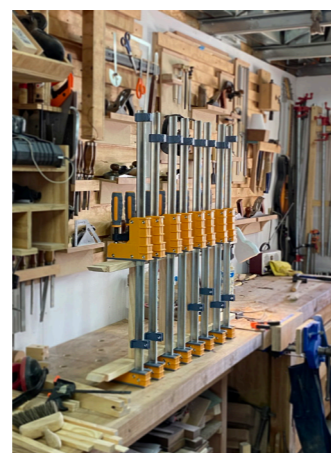
Los soportes del asiento llevan espigas pasantes con cuñas. Decidí que el ajuste previo fuera firme desde el inicio. Mucha gente reduce la espiga pensando que la cuña hará el resto, pero eso debilita la unión. Para mí, la cuña es un complemento, no una solución. Si la espiga ya entra ajustada, la cuña lo único que hace es expandir ligeramente la fibra y asegurar un trabado definitivo.

Afinar las cajas a mano me da una lectura táctil de la madera: escuchar cómo el formón corta, sentir si la veta acompaña o se resiste. Es en este punto donde la banca empieza a adquirir su identidad, no porque cambie su forma, sino porque cada unión deja una huella del oficio.

Amarre central: uniones que trabajan en conjunto

El travesaño inferior que une los laterales lleva una media madera con un pequeño hombro. Esto define dos funciones simultáneas: posicionar y resistir. El hombro ayuda a que la tensión lateral no dependa solo de la cola, sino de la geometría misma del ensamble.

Una vez ensamblado este amarre, la banca se vuelve sorprendentemente rígida. Ese momento es casi ritual: cuando levantas la estructura y sientes que ya no "baila", que las piezas empiezan a comportarse como un cuerpo único.



MONTAJE DEL ASIENTO: movimiento y control

Cajas del asiento: alineación perfecta

Las cajas fresadas en el reverso del asiento permiten que el asiento “caiga” en su lugar con precisión absoluta. No hay espacio para que se desplace hacia un lado o hacia adelante: la geometría hace el trabajo.

Este sistema, además de práctico, respeta un principio esencial en muebles de madera maciza: todo debe poder moverse, pero controladamente.



Fijación flexible: el detalle que evita catástrofes

La madera del asiento (la acacia) es especialmente activa en su movimiento higroscópico. Puede expandirse varios milímetros según la estación, y un mueble que no permite ese movimiento terminará rajándose.

Por eso las ranuras en la estructura: permiten que la madera del asiento se dilate transversalmente sin empujar ni deformar el bastidor.

El asiento queda asegurado, pero no cautivo. La estructura sostiene, pero no fuerza. Ese equilibrio es la base de todo mueble duradero.



Un objeto que se explica a sí mismo

Cuando finalmente se instala el asiento y la banca queda ensamblada, aparece algo que no estaba en los planos: la historia oculta del trabajo.

Cada unión visible, cada espiga pasante, cada ranura, cada cuña, revela las decisiones tomadas y el respeto por la materia. En ese instante la banca revela su desnudes, porque no tiene nada que esconder.